

PASCUAL

Y ya ves cómo he venido
en cuanto posible ha sido.

INÉS

¡Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL

Esos tigres te habrán hecho
mil injurias á porfía.

INÉS

Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera,
según su porte cortés,
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.
Ese Capitán, señor,
de mi custodia encargado.....

PASCUAL

Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve á tenerte amor.

INÉS

Eso dice, y muchas veces
yo misma á creerlo llego.....

PASCUAL

Pero, ¡y tú, Inés!

INÉS

No lo niego.

PASCUAL

¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INÉS

Me aterráis. Aunque eso fuera,
señor, ¿morir mereciera?

PASCUAL

Morir por mi propia mano.

INÉS

¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí,

para amedrentarme así
en vez de darme favor?

PASCUAL

¡Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces.....

INÉS

Mas que me dicen á voces
cuánta mi desdicha es.

PASCUAL

Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
que, á fuerza ó engaño abierta,
pueda amparar nuestra fuga?

INÉS

No, señor.

PASCUAL

Traigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexto.....

INÉS

(Con afán.)

Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

PASCUAL

Inés, en eso medito.
Ese Capitán maldito.....

INÉS

Fuerza será que nos vea.

PASCUAL

Mas siento pasos.

INÉS

¡Él es!

PASCUAL

Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII

DICHOS Y EL CAPITÁN

CAPITÁN

Buenas noches.

PASCUAL

Quiero hablarle
á solas. Aparta, Inés.

CAPITÁN

¿Qué me queréis, Juan Pascual?

PASCUAL

Vengo un pacto á proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.

CAPITÁN

¿Por cuál?

PASCUAL

Por la de que abre el camino
solo que os puede salvar.

CAPITÁN

Cosa es que hemos de tratar
mejor solos, imagino.

PASCUAL

Sí; decís bien.

CAPITÁN

(Á D.^a Inés.)

Perdonad
que os retiréis os suplique,
para que á solas me explique
vuestro padre.....

INÉS

Por piedad,
Capitán, oid con calma
lo que tiene que deciros.

CAPITÁN

El negarme yo á serviros,
Inés, me destroza el alma.

Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.

INÉS

¡Ay de mí!

(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.)

PASCUAL

(Con afán.)

¿Vais á cerrar?

CAPITÁN

Sí, por cierto.

PASCUAL

¿Y á mis ojos?

CAPITÁN

¿Qué queréis! Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII

EL CAPITÁN Y JUAN PASCUAL

CAPITÁN

Ea, pues, ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

PASCUAL

Con que admitáis vos la mía
basta, á mi ver.

CAPITÁN

No importa.

No estará la mía, acaso,
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL

Pues bien, Capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome á perder,
si me descubren, la honra

con la vida, á demandaros lo que vuestra mano sola puede volverme, la hija que mi corazón adora. Ya veis cómo las desdichas sobre don Pedro se agolpan; ya veis cómo de los suyos ciento á ciento le abandonan. No tenéis agua ni víveres; y esta situación penosa, cuanto más os desalienta, Capitán, y os acongoja, más á don Enrique augura cercana y fácil victoria. Pues bien: si me dais mi hija, os juro que en pocas horas saldréis del castillo libre, sin condición deshonrosa, y os daré á más el rescate que vuestro capricho imponga.

CAPITÁN

¿Habéis acabado?

PASCUAL

Sí.

CAPITÁN

Pues oid, que á mí me toca: Si el rey don Pedro conmigo igual libertad no logra, y su perdón don Enrique ante sus plantas no postra como rebelde, vuestra hija quedará donde está ahora.

PASCUAL

¡Os comprendo, miserable! Ese amor que os emponzoña el corazón, es quien dicta propuesta tan injuriosa.

CAPITÁN

Sí, Juan Pascual. Yo la adoro, y esta pasión me devora, me martiriza y me acaba, mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL

Capitán, esa pasión, que fácilmente se ahoga

hoy, que aun es tiempo, os advierto que os lleva á una muerte próxima.

CAPITÁN

Señor Juan Pascual, lo siento; mas tiene raíces hondas, y es imposible arrancarlas. Si el medio no os acomoda, es el único que resta; y en cuanto á mi última hora, que juzgáis cerca, mirad que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL

Acabemos, Capitán, y en ideas ilusorias no os gocéis adormecido: yo tengo ocasión muy pronta para entrar en esta torre mucha gente valerosa, que llevará á sangre y fuego cuanto á su marcha se oponga. Por sólo librar á Inés he retardado hasta ahora la ejecución de mi plan; mas os juro que es muy corta la tregua que paedo daros.

CAPITÁN

Vos sois quien, en ilusorias ideas adormecido, descuida lo que le importa. Ya sé que en el subterráneo, para esa traza traidora, metido habéis vuestra gente; mas es esperanza loca la que sobre ella fundéis, pues mi atención previsoramente apostó gente más diestra, que en las revueltas tortuosas del subterráneo, á mi voz, la hará prisionera toda.

PASCUAL

¿Intentáis amedrentarme con bravatas?

CAPITÁN

¡Oh! No es cosa para pasarse en la cuenta;

y escuchad bien, que la aurora no está lejos, y es preciso que abreviemos. Una bolsa de malla, que asida al cuello lleváis, donde hay una hoja de pergamino, que explica lo que fácil proporciona del príncipe don Enrique una venganza muy cómoda....

PASCUAL

¡Cielos! ¿Quién pudo decirnos....

CAPITÁN

Yo lo oí de vuestra boca una noche en vuestra casa escondido en vuestra alcoba. Conque ya veis que me guío por vuestras lecciones propias, y que no se me ha olvidado que á quien vengarse ambiciona, ni precauciones le bastan, ni se contenta con pocas.

PASCUAL

¡Vive Dios, villano astuto! ¿Quién á mi paso te arroja, que en todas partes te encuentro y me detienes en todas?

CAPITÁN

Concluyamos, Juan Pascual: ó le escribís sin demora á don Enrique una carta ofreciendo la persona de vuestra hija y la vuestra....

PASCUAL

No, no; primero se rompa en mil pedazos el alma....

CAPITÁN

Pues que tú lo quieres.... ¡Hola! ¡A mí, soldados!

(Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)

PASCUAL

¡Villanos!

TOMO III

CAPITÁN

Ponedle en la torre próxima, con una amarra en los brazos y una mordaza en la boca.

(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice á Juan Pascual á modo de despedida:)

Lo que mejor os conviene pensad, Juan Pascual, á solas, porque no tenéis más término que hasta el rayar de la aurora.

(Al soldado que queda dentro.)

No me le pierdas de vista.

(Á los otros.)

Vamos á su gente ahora.

(Vase el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. D. Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso. Quiero apurarle, y de la edad futura embriagarme en el néctar delicioso, ó el cáliz agotar de su amargura. Por su oculto poder arderá sola esta lámpara, dice.... ¡Harto la temo! Llena está de mi sangre hasta la gola, y yo en mi sangre sin arder me quemó. ¡Si atendiera al pavor, la vertería [lucho por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y

(La toca.)

con mi superstición!.... Aun está fría.... ¡Si será un impostor!.... ¡Oh, tarda mucho! Perdóname tan torpe ceremonia, ¡oh cielo, para mí siempre enemigo! No mires qué al altar de Babilonia me acerco impuro, sin contar contigo. En tu bóveda azul, limpia y serena, jamás pude leer de mi fortuna ni una letra feliz; ni amiga y buena brilló para don Pedro estrella alguna. Siempre, sí, su escritura fué siniestra: siempre se abrió su libro tenebroso por párrafo fatal, dándome muestra de un porvenir aciago y borrascoso. Perdona, sí, perdona si te irrito

otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por doquier que voy lo voy buscando.
Si es mi sino fatal, iré sereno
á sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
para luchar con él con heroísmo.

(Pausa.)

Ya hierve este licor emponzoñado:
ya de la mecha en derredor se apila:
ya trepa por sus hilos inflamado.....
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!

(Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)

¡Acúdeme, valor!..... Brotó la llama.....
Ven mis pupilas á su luz apenas
los objetos..... ¿Qué es esto?..... ¿Quién

[derrama
el fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas á saltáreme las siento.....
Me acosa el corazón abrasadora
de venganza la sed....., y el pensamiento
me desgarrá una idea asoladora.

(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de D. Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco hasta quedarse enfrente de él.)

¡Enrique! Siempre Enrique..... Siempre
[ese hombre.

Di, ¿qué quieres de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nom-
[bre?

¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano,
¿lo guardas para mí?..... ¡Cuán torvo brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale, hermano!
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.

No le escondas: levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos, ¡vil bastardo!
de tu ruin corazón todo el veneno.

¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.

¿No lo oyes?..... ¡De rodillas, miserable!
¿Te niegas?..... Tu sardónica sonrisa

(Sonríe.)

me mueve á compasión..... y me precisa
á volverte esa risa abominable.
Mírame sonreír....., mírame y huye,

porque á la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye.....
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aún!..... ¿Qué esperas, som-

[bra,
sonriéndome siempre?..... ¿Qué me quie-
[res?

Tu sonrisa me irrita, no me asombra.

(Sonrisa convulsiva.)

Yo me río también de..... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
mas no, no; huye de mí, desaparece.

Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.

Huye: me das horror.....; huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.

Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.

(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra, y cae sin sentido.)

ESCENA X

DON PEDRO y EL CAPITÁN. MEN RODRÍGUEZ
en el torreón.

CAPITÁN

Ya todos están rendidos.
Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor

(Le toca.)

llegó hasta el Rey?..... No, respira.

DON PEDRO

(Volviendo en sí.)

¿Quién eres?

CAPITÁN

Señor, yo soy.

DON PEDRO

¿Se fué ya?

CAPITÁN

¿Quién?

DON PEDRO

Ese espectro;
ese ensueño aterrador.

CAPITÁN

¿Quién, señor, que no os entiendo?

DON PEDRO

¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto,
me asesina esa visión.

(Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose á su pavor.)

Mas ese francés, ¿qué dice?

CAPITÁN

Nada responde.

RODRÍGUEZ

¡El farol!

DON PEDRO

Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación.
Salgamos de aquí cuanto antes.

CAPITÁN

Señor don Pedro, idos vos.

DON PEDRO

¡Qué! ¿Tú también me abandonas?

CAPITÁN

¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.

DON PEDRO

Capitán, tienes razón.
Si me venden.....

CAPITÁN

Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.

DON PEDRO

Voy, pues, á apurar mi estrella
sin fe, pero sin temor;
que lo que en suerte me falta,
me sobra de corazón.

(Vase.)

CAPITÁN

Ahora, ó trono para él,
ó tumba para los dos.

